

Por los cincuenta años de *Comunicación*

Comunicación está de cumpleaños. Son cincuenta años de vida y cincuenta años de estar presente en el mundo de las comunicaciones y la cultura para pensarlas e investigarlas, pero también para contribuir desde las páginas de la revista a fijar prioridades y alternativas. En este Hablemos le pedimos a los miembros del Consejo de Redacción –seis se animaron a responder– que expusieran cuál ha sido la significación de *Comunicación* en su desarrollo académico-investigativo y cuál ha sido la significación de la revista para el país. Aquí sus palabras.

La revista *Comunicación* nace en marzo de 1975. Ya son cincuenta años de analizar y observar el desenvolvimiento del mundo de las comunicaciones y la cultura no solo del país, sino también de América Latina y, en ocasiones, cuando ha habido razones para ello, del mundo. De ahí que hayamos dicho que “*Comunicación* es un observatorio” que ha sabido moverse en perspectiva investigativa en distintos momentos y en circunstancias bien precisas. Momentos que no solo han tenido que ver con lo político-social-económico, sino también con el desarrollo de las tecnologías y con los nuevos ecosistemas comunicacionales y culturales que irrumpen desde esas mismas tecnologías.

Cuando nuestra revista cumplía cuarenta años de existencia, el título que ilustró el número de ese aniversario fue: “¡Pensamos insistir!” Hoy decimos otro tanto: vamos a seguir insistiendo en nuestros análisis, en nuestras investigaciones, en nuestras reflexiones. Seguiremos siendo una publicación enamorada de lo que significa el mundo de las comunicaciones y de la cultura. El

poeta y dramaturgo norteamericano T. S. Eliot dijo que “... la cultura puede ser descrita simplemente como aquello que hace que la vida mereza la pena ser vivida”. En la revista creemos en esa afirmación y tratamos de llevarla y expresarla en cada número.

Así, dicho eso que es la razón de ser de *Comunicación*, le pedimos a algunos miembros del Consejo de Redacción que expresaran, de manera breve, qué ha significado para ellos esta publicación a lo largo de sus cincuenta años.

HABLEMOS

YSABEL VILORIA

Inicié mis estudios de Comunicación Social en 2001 y desde entonces ya la revista especializada en la materia tenía veintiséis años de trayectoria, un largo y sólido camino que pocas publicaciones han logrado en un país convulso.

Comunicación. Estudios venezolanos de la comunicación me acompañó durante los cinco años de formación académica. Los profesores la citaban en sus clases, algunos la incluían en sus evaluaciones y, personalmente, la consulté con frecuencia en las muchas materias que estudié para obtener la licenciatura.



Ysabel Viloria

Con un pulso cercano al análisis de la comunicación, la cultura y sus impactos en la sociedad, fue una compañía esencial en el desarrollo de mi aprendizaje profesional. Me acercaba al oficio que no encontraba, todavía, en las aulas. Me ofreció miradas plurales, estudios críticos, profundidad y complejidad. Descubrí en esta revista del Centro Gumilla un espacio de convivencia para la discusión y revisión permanente de la profesión que escogí.

Al lograr el último peldaño de los estudios de pregrado tuve la oportunidad de poner mi firma, por primera vez, en las páginas de una revista que siempre estuvo abierta y dispuesta. Pude publicar, en 2007, los resultados de lo que fue mi tesis de pregrado. Ya formaba parte de ella de algún modo.

Progresivamente pude publicar otros textos en los siguientes años. Finalmente, en 2020 recibí

la invitación de un equipo que admiro para unirme al Consejo Editorial de la revista *Comunicación*; sin dudar acepté. Durante la segunda mitad de la existencia de esta publicación que alcanza medio siglo de ininterrumpida actividad, he estado vinculada en distintos niveles con lo que para mí sigue siendo un espacio privilegiado de encuentro, crítica y mucho aprendizaje.

RAISA URIBARRI

No recuerdo cómo llegó a mis manos la revista *Comunicación*. De lo que sí estoy segura es de cuándo y dónde. Fue en Valera, a principios de los años ochenta. En ese entonces, la ciudad era un laboratorio de pujante organización comunitaria necesitada de espacios de reconocimiento social, y yo estaba convencida de que mi trabajo como periodista debía contribuir con ello.

Así, como reportera, me dediqué a cubrir la fuente comunitaria. Del contacto estrecho con las comunidades organizadas surgió la iniciativa de comunicación popular “Construyamos Juntos”, una separata de información hiperlocal que aparecía quincenalmente en las páginas centrales del *Diario de Los Andes*.

Este proyecto, cuyo objetivo inicial fue la publicación de información del mundo de vida comunitario, pronto cobró personalidad propia y pasó de “reseñar” los asuntos locales a propiciar la valoración de la dimensión comunicativa en el trabajo de organización popular. Así, los actores comunitarios, como fuentes y destinatarios, se fueron convirtiendo en emisores directos de los mensajes, como protagonistas y a la vez relatores de sus propias historias.

A lo largo de cinco años el proyecto se extendió a otras ciudades y medios de la región andina, se creó la Red Nacional de Comunicadores Comunitarios y, posteriormente, la Escuela Andina de Comunicadores Populares “Mario Kaplún”. Fue en ese proceso, buscando referencias de comunicación alternativa en América Latina, cuando la revista *Comunicación* se convirtió en un referente.

Hurgando en sus páginas, los miembros de estos equipos descubrieron que no estaban solos,



Raisa Ubbibarri

que había otra gente, desde otros lugares, no solo geográficos, sino académicos, empeñados en sus mismas búsquedas. Recuerdo que el primer ejemplar cuyos textos se discutieron fue uno de los de formato pequeño, color naranja intenso, dedicado justamente a la comunicación alternativa y al periodismo popular (No. 35-36, año 1981).

Consultar la revista se convirtió, desde entonces, en un provechoso hábito. Posteriormente, cuando concursé por una cátedra como profesora de la escuela de Comunicación Social en la Universidad del Zulia, me tocó preparar una clase sobre el llamado “nuevo periodismo”. Recuerdo que para ello, además de las revistas y los libros académicos dedicados a examinar este asunto, casi todos foráneos, me resultó sumamente útil un número exquisito de la revista (el 37, del año 1982), en el cual se incluye la transcripción de tres conferencias sobre este tema ofrecidas por pensadores latinoamericanos de primerísima línea como Carlos Rangel, Tomás Eloy Martínez y Federico Álvarez.

Dando un salto con garrocha de casi cuatro décadas, solo me resta consignar que, ya imbuida en mi carrera académica, a finales de los años 90 comencé a publicar en la revista y que dar ese paso, de ser lectora a autora, me hizo sentir parte de su equipo. En 2022, cuando recibí la invitación para integrar su Consejo Editorial, confirmé que lo era, que formo parte –con mucho orgullo– de un sello que por cincuenta años ha mantenido intacta su orientación y perspectiva: la comunicación crítica y alternativa.

GUSTAVO HERNÁNDEZ DÍAZ

HABLEMOS

Es frecuente que nos preguntemos sobre nuestra posición en el mundo y si nuestras acciones son el resultado de una elección genuina o simplemente seguimos las expectativas sociales.

Para mí resulta sencillo explicar por qué elegí ser parte de la revista *Comunicación*. Porque, sin decirlo todo el tiempo en voz alta, es un referente fundamental de mi identidad y de la posibilidad de expresarme con criterio propio.

A veces oigo a alguien mencionando la palabra “comunicación” y de inmediato volteo porque creo que hablan de la “Revista”. Incluso cuando menciono la “Revista,” ese término evoca en mí un significado multi-escénico: es un espacio de experiencias compartidas donde he tenido el privilegio de tratar con personas entrañables: Jesús María, Marcelo, Rey, Tremonti; cómo no recordarlos siempre.

Jesús María me abrió las puertas a la revista *Comunicación*. Creo que este jesuita se apiadó de mí, un muchacho veinteañero cuya única certeza vital era su pasión por el séptimo arte.

Una mañana me disparé en un carrito *por puesto* “Cementerio-Carmelitas” al Centro Gumilla.

—Hola soy Gustavo, y me gustaría pertenecer a la revista *Comunicación*.

—¿Qué es esto?

—Es un trabajo que le hice al profesor Oscar Lucien que da Cine e Ideología en la Escuela de Artes.

Mientras Jesús María hojeaba mis apreciaciones disparatadas sobre una marca de pantalones “UFO o Nada”, que había escrito en diez páginas, en una Remington que me regaló mi mamá en quinto año de bachillerato, la expresión de mi lector jesuita era un enigma.

Su semblante manifestaba una compleja combinación de desconcierto y empatía ante aquel joven estudiante próximo a graduarse, quien surgió inesperadamente y osó interrumpir su “giornata particolare” sin previo aviso. Por cierto, aún conservo la Remington que era como la “laptop” más avanzada de los ochenta.

HABLEMOS

Jesús María: —Leeré “UFO o Nada”, te lo prometo. Ven a la reunión de la revista el próximo martes; allí te presentaré al equipo. Tendrás que pasar un periodo de prueba de un año para ver si realmente te gusta lo que hacemos.



Gustavo Hernández Díaz

El gozo que me embargó en aquel instante se mantiene intacto hasta el presente, pero debo decirles que la prueba duro dos años porque mi querido Rey era muy estricto.

La revista también ha sido un punto de luz orientador en medio de la incertidumbre: junto a mis compañeros de viaje, hemos atravesado numerosos procesos personales y académicos, con sus altibajos. Pensando en sentido inverso a Marc Augé, la revista ha sido el “Sí-lugar” donde cultivamos sueños de un mundo más solidario y comprometido.

Agradezco a mi equipo de la revista *Comunicación* por la vida que me ha dado a lo largo de estos treinta y ocho años: ¡UFO o Nada!

ANDRÉS CAÑIZÁLEZ

Venezuela iniciaba el año 1975 en medio de “la danza de los millones”. Los ingresos petroleros entre 1973 y 1974, es decir de un año a otro, se habían triplicado. Teniendo como pivote tal bonanza, el presidente Carlos Andrés Pérez consolidaba su imagen de líder continental. En aquel tiempo llamaba al resto de países latinoamerica-

nos a la unidad regional, pues “desunidos no podremos enfrentar la injusticia de que somos víctimas”.

CAP, como se le pasó a conocer, hace cincuenta años proponía la suspensión de sanciones a Cuba en el seno de la Organización de Estados Americanos (OEA), al tiempo que implementó un plan para el financiamiento de la producción cafetalera centroamericana, con el fin de aliviar el déficit comercial de esas naciones.

Para el lapso comprendido entre enero y septiembre de 1975, la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) estableció un precio promedio de 10,12 dólares por barril para el crudo producido entre sus países miembros. La plataforma económica que ello representaba para el país, la tradujo el gobierno de entonces en una inédita expansión del Estado a través de las figuras de las Corporaciones (empresas estatales), con acción en los más variados sectores. Años más tarde se supo que estas corporaciones fueron verdaderos nidos de corrupción.

Desde la hoy extinta Cámara de Diputados, José Vicente Rangel fustigaba la corrupción, la catalogó como un “enriquecimiento rápido aprovechando la circunstancial pasantía por el poder”.

El Congreso, por otra parte, sirvió de escenario para decisiones que cambiarían la vida nacional. Un año antes se aprobó la Ley de Nacionalización del Hierro, y en marzo de ese 1975 CAP introdujo la Ley para la Nacionalización del Petróleo, con apoyo unánime del país. En materia agraria se acumulaban fracasos: la zona de Turén, en Portuguesa, producía una tonelada de ajonjolí en 1956, mientras que en 1975 la misma se había reducido a la mitad. En nuestro país, antes de la guerra de independencia, había 11 millones de cabezas de ganado bovino, a mitad de la década de los 70 solo llegaba a ocho millones.

Con una política que marcaba clara distancia de Washington, pues Caracas había reestablecido relaciones con La Habana, Venezuela impulsó junto con México la creación del Sistema Económico Latinoamericano (SELA), una entidad que excluía a Estados Unidos y sumaba a Cuba.

En ese 1975, en tanto, en Venezuela se creaba el Consejo Nacional de la Cultura (Conac), con la idea de revertir lo que venía siendo una inversión minúscula y la dispersión de esfuerzos del



Andrés Cañizález

Estado. Marta Colomina, por su parte, daba a conocer el primer capítulo de *La celestina mecánica*, con una fuerte crítica al rol de los medios en la representación de la mujer. Este estudio vendría a ser un clásico de la investigación comunicacional venezolana.

En ese contexto, un grupo de profesores y jóvenes profesionales, casi todos vinculados al mundo de la Universidad Católica Andrés Bello y del Centro Pellín (de la Compañía de Jesús), deciden crear un boletín, bastante modesto –aún para la época– al cual bautizan de este modo: *Comunicación. Estudios Venezolanos de Comunicación. Perspectiva Crítica y Alternativa*. Cincuenta años se pueden decir fácil y rápido pero, como bien nos recordaba hace unos años Antonio López Ortega, no se trata de poner el acento en el aniversario sino “... en la dificultad que supone hacer una revista cultural en la Venezuela contemporánea”.

Con sus cinco décadas estrena página web. *Comunicación* es hoy una consolidada publicación, referencia latinoamericana en comunicación y cultura de masas, inserta en la Fundación Centro Gumilla, otra reconocida obra de los jesuitas en Venezuela. Se inscribe en lo que puede entenderse como un esfuerzo, no solo del equipo que la hace posible –y del cual me honra ser parte–, sino que se puede ubicar en esa tradición que nos recuerda López Ortega, de una historia contemporánea del país signada por la existencia de revistas culturales. Se trata de una travesía.

DANIEL PABÓN

HABLEMOS

Cuando apenas estudiaba primer año de Comunicación Social, en la Universidad de Los Andes, mi profesora del Taller de Competencias Comunicativas nos hizo esta asignación: cada uno de los estudiantes debía escoger un artículo publicado en las revistas *Comunicación* (venezolana) o *Chasqui* (latinoamericana) y exponerlo al grupo, bajo un conjunto de lineamientos evaluativos. La revista *Comunicación* se conseguía en físico en la Sala de Referencias de la biblioteca de la ULA en el Táchira. Lo que empezó como una asignación terminó volviéndose costumbre: preguntar a la encargada de sala cuándo llegaba el próximo número de la revista, para devorarlo en su lectura, comentarlo con el grupo de amigos y usarlo como referencia en nuevas dissertaciones académicas.

Comunicación también se vendía en la principal librería de San Cristóbal, y a ella acudíamos para comprar alguna edición especial o de nuestro más alto interés investigativo. Y así hasta el posgrado, cuando las páginas impresas de *Comunicación* también sirvieron de abono para el florecimiento de nuevas ideas sobre el lugar social, el estatus y los desafíos de la comunicación en Venezuela y el mundo.

Porque *Comunicación* es eso: tanto un asiento para el pensamiento de nuestra disciplina como una referencia innegable de sus estudios. Agradezco mucho y siempre haber escalado de lector casual a usuario fiel y de instructor de lecturas para mis estudiantes de periodismo a partícipe de sus consejos editoriales.



Daniel Pabón

Algunas cosas pasan y otras trascienden, unas son efímeras y otras permanecen. Permanecer implica resistir, perseverar y “seguir insistiendo”, una frase que encierra la esencia de la revista *Comunicación* tras cincuenta años de aportes y reflexiones. Insistir es “mantenerse firme en algo” “para conseguir aquello que se desea”. Calza bien este verbo con la postura de una publicación que transita lo académico sin desestimar la actualidad, siendo escuela y referencia para estudiantes y profesionales de la comunicación y disciplinas conexas.

Durante mi formación en la Universidad Bicentenaria de Aragua esperaba ansiosa la llegada de la revista para luego examinarla entre conversaciones en los cafetines, jardines y aulas donde era codiciada por otros estudiantes del interior del país, ávidos de textos argumentados y bien escritos que alentaran nuestras utopías irrenunciables, pincelando criterios y posiciones sobre los debates en materia comunicacional. Gaby, Isaac, Kike, Debla... jóvenes aprendices de periodismo que intercambiábamos y compartíamos los números de *Comunicación* que, con ciertas dificultades, llegaban a nuestras manos, como consecuencia de un viaje a Caracas y la adquisición habitual en el pasillo de ingeniería de la UCV, donde la señora Bracamonte nos ofrecía buenos precios –y unos cuantos marca libros de ñapa– por la compra de más de tres números de la revista.

Comunicación se convirtió en una de mis principales fuentes al momento de prepararme para el concurso de oposición con el cual ingresé al Instituto de Investigaciones de la Comunicación (Ininco) de la UCV como investigadora adscrita a la línea Alternativas Comunicacionales. En gran medida, gracias a estas lecturas pude responder algunas de las interrogantes del jurado, en particular a la confrontación del Dr. Gustavo Hernández quien me increpó: “¿Usted ha leído a Rey?” Mi respuesta reflejaba no solo que había leído a José Ignacio Rey en varios números de *Comunicación*, sino que había sido cautivada por un ámbito tan noble como necesario, en el que esta revista aportó sustancialmente.

En sus páginas conocí a destacados estudiosos de la comunicación. Revisé sus archivos digitales



Johanna Pérez Daza

y navegué en los impecables textos de Jesús María Aguirre y la palabra comprometida de Marcelino Bisbal, entre otros respetados autores. Por eso me sentí honrada cuando tuve la oportunidad de publicar uno de mis artículos en esta revista y, posteriormente, cuando me invitaron a formar parte de su Consejo Editorial. De modo que mi relación ha pasado por varias etapas y roles, sin renunciar a la condición inicial de lectora. Tal vez a esto aplique la idea de círculo virtuoso o retorno al origen: de lectora a lectora.

Hoy veo con admiración el camino transitado por esta publicación que de manera valiente, coherente y consecuente ha decidido tender puentes, a pesar de las barreras y limitaciones, a pesar de incomodar a algunos y desafiar a otros, porque como afirma Marcel Proust: “Donde la vida levanta muros, la inteligencia abre salidas”.

A *Comunicación* mi gratitud por este medio siglo de existencia, por ser espacio de diálogo y construcción. Yo, sigo siendo la curiosa lectora que aguarda impaciente cada número.